

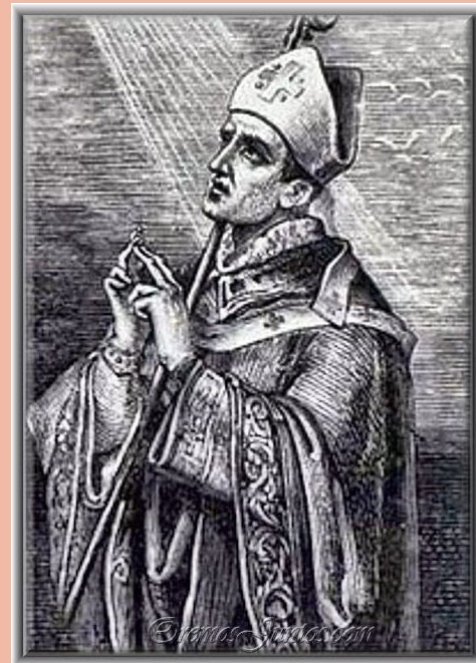
Martirologio romano: En el monasterio de Hersfeld, en Germania, sepultura de san Witta o Albino, primer obispo de Büraburg, el cual, oriundo de Inglaterra, fue llamado por san Bonifacio y recibió el encargo de sembrar la simiente de la Palabra de Dios en la región de Hesse. c. 786.

NOTICIAS DE SU VIDA

Witta de Büraburg (en anglosajón: Hwita («el Blanco»)) y en versión latina Albino, es **uno de los primeros misioneros cristianos en la región de Hesse y Turingia**. Fue discípulo y compañero de Bonifacio y amigo de Lulo. **Bonifacio, tras establecer la sede misionera de Büraburg en 741 nombró a Witta su primer obispo**. Al mismo tiempo Bonifacio nombró los primeros obispos de las diócesis de Würzburg (Burcardo) y Erfurt (Adelario).

En 742 Witta y Burcardo asistieron a Bonifacio en Sülzenbrücken (Turingia) en la consagración de Willibaldo, que pronto fundaría la diócesis de Eichstätt como su primer obispo. En abril de ese año Witta participó en el Concilio Germánico, un Sínodo reformista de los obispos de Francia Oriental, y en marzo de 743 en el Sínodo de Estinnes, ambos convocados por iniciativa del mayordomo de palacio Carlomán. La confirmación del Papa Zacarías a Witta como obispo tuvo lugar el 1 de abril de 743, lo que puso su diócesis, su ministerio y su consagración bajo la protección apostólica.

En 755, tanto la diócesis de Büraburg como la de Erfurt fueron incorporadas por Lulo a su diócesis de Maguncia, impidiendo la expansión de la diócesis hacia el este, fuera de su control por parte de estos dos obispos. Witta continuó viviendo en Büraburg hasta su muerte en 760 y fue enterrado en la capilla de Esturmio en la comunidad de Hersfeld, lo que constituiría la base para la nueva abadía benedictina de 769. (Cfr. [wikipedia](#))



Misión evangelizadora del obispo

Jesús resucitado confió a sus apóstoles la misión de «hacer discípulos» a todas las gentes, enseñándoles a guardar todo lo que Él mismo había mandado. Así pues, se ha encomendado solemnemente a la Iglesia, comunidad de los discípulos del Señor crucificado y resucitado, la tarea de predicar el Evangelio a todas las criaturas. Es un cometido que durará hasta al final de los tiempos. Desde aquel primer momento, ya no es posible pensar en la Iglesia sin esta misión evangelizadora. Es una convicción que el apóstol Pablo expresó con las conocidas palabras: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9, 16).

Aunque el deber de anunciar el Evangelio es propio de toda la Iglesia y de cada uno de sus hijos, lo es por un título especial de los Obispos que, en el día de la sagrada Ordenación, la cual los introduce en la sucesión apostólica, asumen como compromiso principal predicar el Evangelio a los hombres y hacerlo «invitándoles a creer por la fuerza del Espíritu o confirmándolos en la fe viva».

Por eso, los Padres sinodales recordaron muy oportunamente que el anuncio de Cristo ocupa siempre el primer lugar y que el Obispo es el primer predicador del Evangelio con la palabra y con el testimonio de vida. Debe ser consciente de los desafíos que el momento actual lleva consigo y tener la valentía de afrontarlos. Todos los Obispos, como ministros de la verdad, han de cumplir este cometido con vigor y confianza.

Cristo, en el corazón del Evangelio y del hombre

En efecto, Cristo es el corazón de la evangelización, cuyo programa «se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio»

De Cristo, corazón del Evangelio, arrancan todas las demás verdades de la fe y se irradia también la esperanza para todos los seres humanos. En efecto, es la luz que ilumina a todo hombre y quien es regenerado en Él recibe las primicias del Espíritu, que le hace capaz de cumplir la ley nueva del amor.

Por eso el Obispo, en virtud de su misión apostólica, está capacitado para introducir a su pueblo en el corazón del misterio de la fe, donde podrá encontrar a la persona viva de Jesucristo. Los fieles comprenderán así que toda la experiencia cristiana tiene su fuente y su punto de referencia ineludible en la Pascua de Jesús, vencedor del pecado y de la muerte.

El anuncio de la muerte y resurrección del Señor «no puede por menos de incluir el anuncio profético de un más allá, vocación profunda y definitiva del hombre, en continuidad y discontinuidad a la vez con la situación presente: más allá del tiempo y de la historia, más allá de la realidad de este mundo, cuya imagen pasa [...]. La evangelización comprende además la predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la nueva alianza en Jesucristo».

(Juan Pablo II, *E. A. Pastores regis* (2003), n. 26 y 27)